

Premio Nacional de crítica y ensayo: Arte en Colombia
Ministerio de Cultura
Universidad de los Andes
Modalidad 2 Texto breve
9.518 caracteres con espacio

PARA QUÉ ESPECTADORES EN TIEMPOS DE ARTE CONTEMPORÁNEO

Fulgencio Entreambosmares

Cuando el filósofo alemán Martin Heidegger en su texto *Los caminos del bosque* se preguntaba por el “Para qué poetas en tiempos de penuria” como alusión a un verso de Hölderlin que hizo reflexionar a otro poeta, Rilke, había un marco político y social a partir del cual su pregunta resonaba con más fuerza sobre la intelectualidad y el público con el que se topara, pero hoy en día y, en Colombia, quizá la pregunta ni siquiera invite a pensar, ni mucho menos halle respuesta entre varias de las personas que forman parte de los sagrados círculos del arte; sagrados por etéreos o inalcanzables no por relación con lo divino o por evocación de la huida de los Dioses también expuesta por el alemán.

Muchas personas que determinan, clasifican o erigen algunas de las nuevas figuras del mundo del arte en Colombia desconocen o no gustan, las más de las ocasiones, del rigor y la técnica que por centurias estuvo asociado con las artes en general y con las plásticas en particular. Si asistimos a un momento en el cual la importancia del artista plástico formado bajo aspectos que pueden llamarse clásicos del arte porque acuden antes que a un concepto al desarrollo de un material o de una técnica, ¿qué valor tendrá el de ser un curioso espectador si lo que se requiere es de un docto crítico capaz de encriptar y desencriptar las nuevas obras? ¿Qué relevancia puede tener el espectador sin títulos que lo acrediten como tal, sin capacidad para insuflarle a una obra, que no entiende porque no le dice nada, un valor a través del verbo?

Aunque mi conocimiento sea limitado frente al arte plástico vivo de cerca esta expresión al convivir con una persona graduada como maestra del *bello arte*, tengo parientes, conocidos, amigos que también ostentan el título y una

descendencia que empezó el camino, convivo con la llamada experiencia estética que me ayuda a formarme para observar.

Conozco muy de cerca las historias íntimas de varias figuras desconocidas, sin la consagración –otra vez en una palabra la huella de lo divino como presencia- requerida para ser considerado: creador. No obstante, el rastro de los dioses, como en muchas obras de la historia del arte, reside también en algunos de los trabajos que les conozco, donde la imagen recobra su valor poético primigenio, su condición de signo y su capacidad de producir significado, donde la imaginación vuelve a tener cabida. Estos artistas que refiero por cercanos, considerados no consagrados, con quienes he podido intercambiar apreciaciones mientras realizo el papel de la recepción de sus obras, entre los impedimentos que narran está el hecho de que sus obras no suscitan gaseosos discursos proferidos por los dueños del arte o de la historia del arte colombiano –pese a contar con espectadores- quizá porque poco peso encuentran en propuestas cuyas técnicas sean consideradas clásicas, prefieren la presentación a la representación. Lo válido ahora parecería ser los conceptos harto complejos, no por hondos sino por enmarañados. De igual modo se comprenden estos como fundamentales para una obra y allí, ya nada tiene que hacer un espectador sin cualificación ni estatus, entre otras porque éste no querría decir primero frente a la obra, quiere observar, sentir, aceptar su papel meramente aleatorio y secundario de asistir para apreciar, mientras que aquél, el que pondera en forma maniquea, está por encima incluso del propio artista y no va a observar va a dar declaraciones.

Difícilmente quienes detentan la crítica o hacen comentarios sobre la misma se detienen o dan cuenta de una imagen sino construyen *una “metafísica” “meta-explicación” de la peregrina idea que glorifican. Dotan con verborragia y prosopopéyico peso a esas obras-cosa aunque la volatilidad de las mismas las haga desaparecer en la insubstancialidad de la deliberada fantochería escrita, que he querido recrear con este párrafo en clarooscura significancia de la levedad.*

Luego de esta larga exposición de motivos, retorno a la pregunta que da vida a mi disquisición, para qué espectadores en tiempos de arte contemporáneo, cuando no se necesitan ojos que observen el espíritu que anima una obra, cuando tampoco se requiere de sensibilidad para interpretar o dejarse tocar por la obra, entre otras porque buena parte de los nuevos nombres que se ven como finalistas de concursos, desconocen quizá la importancia de expresar también para la otredad, olvidaron que aunque no sea su naturaleza, el arte arrastra una función social y no precisamente traduce ello que en la era del vacío –tomando prestado el

título de uno de los ensayos de Gilles Lipovetsky- reflexionar sobre el vacío indique que quien expresa está tan vacío que nada puede crear.

Para qué espectadores, cuando basta con que él o ella artista o crítica construyan una idea, aunque sea estulta y solo la soporte un título inflado. La intervención de un espectador poca o ninguna injerencia representa, de modo tal que no comanda al nuevo artista un deseo de comunicar, de compartir, de mostrar una visión o postura crítica del mundo que le vino en suerte sino un solipsismo autista de impresionarse a sí mismo, narciso, y a su empobrecida habilidad creadora, que da más cuenta del *marketing*, de la tendencia del momento que de un pensamiento depurado y refinado hecho imagen. Dónde quedó el sabio refrán popular: “una imagen vale más que mil palabras”. Cómo se podrá evolucionar cuando el arte, territorio lúdico¹ y por lo tanto didáctico que cuestionaba necesita demostrar antes que mostrar, cualidad que Alfonso Reyes en uno de los ensayos de su libro *La experiencia literaria* destacaba como una de las diferencias entre el Arte y la Ciencia.

El arte contemporáneo colombiano se ha empeñado en hacer lo contrario al proverbio. Producto de ello puede ser la ignorancia que como pandemia se niega a abandonarnos. Parece como si no se hubiera podido leer en su momento más que el nivel literal de lo que artistas en verdad novedosos, con orinales o latas de mierda de artista², crearon a modo de reacción, dentro de un contexto, para poner así el dedo en la llaga. Se puede concluir que no se realizó una lectura crítica sobre las mismas, no suscitó una reflexión sino que creo un patrón de artistas salchicha, reproductores, que carecen del inteligente humor que se requirió, además, para que la ironía sumara. Cuestionaban el valor, la norma o la función estética³.

En Colombia, o falta una revisión juiciosa, equilibrada, que sopesa todo lo producido en el arte para que funcionen y cobren sentido algunas de las nuevas propuestas así como se valoren otras, o estamos frente a un grupo de personas que cada vez crecen más motivados por la honda del espectáculo, de volverse famosos y se matriculan en facultades o academias de arte con esa mera finalidad

¹ Nada más riguroso y creativo que un juego, con reglas, objetivo y todo un proceso para obtener el triunfo, no es mero azar, ni cabe la trampa. A los juegos de niños los comanda por otra parte una imaginación rica que produce múltiples significados.

² Fuente (*Fontaine*) *Ready made* 1917 de Marcel Duchamp y Piero Manzoni Mierda de artista (*Merde d'Artiste*) 1961.

³ El interesante trabajo de Jean Mukarovsky *Signo, función y valor. Estética y semiótica del arte*. Da muchas luces aún sobre el proceso de cómo circulan estas categorías dentro del arte.

mediática.

Tal vez por ello presenciamos un país, cuyo Ministerio de Cultura puede quedar en manos de una Ingeniera, dando cuenta de cuánto se duda del criterio de un artista, cuyos funcionarios del Estado en oficinas que protegen el arte poca cercanía real y cultivada tienen con el oficio que detentan; cuyos actores pueden ser reemplazados por modelos; cuyos escritores pueden ser suplantados por ex secuestrados, ex narcotraficantes que escriben guiones o actrices que hacen libros de poesía, cuya épica da cuenta de la estatura y la admiración que suponen los hampones que celebra la televisión nacional con que se educa al pueblo, cuyos críticos de arte o literatura, por ejemplo, no necesitan leer libros, basta con leer el telepronter y no necesitan observar arte, entre otras porque los Artistas quedaron en vías de extinción, máxime cuando lo que requiero es una idea, simple, compleja pero al fin y al cabo idea que puede ser fruto de cualquiera. La elaboración, la técnica, tal vez no tengan la más mínima importancia y por eso, el artista plástico que no buscó fama ni gloria sino comunicación a partir de su lenguaje tenderá a la desaparición, ni qué decir entonces del sobrante e inútil espectador.

Por todo lo anterior dejé de asistir a galerías, exposiciones y demás circuitos que den cuenta del arte, aún más si queda claro que el arte contemporáneo colombiano lo que menos forma y necesita son espectadores porque para ellos ya se encontró repuesto. Los críticos o historiadores que sí saben leer.

Comprendí además con el tiempo que tal como le oí decir a uno de los maestros de artes plásticas frente a una exposición de arte contemporáneo, quien con dificultad se ha podido asomar a la ventana de los conocidos: “Juan tiene plata pero Pedro imaginación”; a lo que agrego: a Pedro lo castigaron por ello, haciendo que todo concurso se acomodara a Juan y a Juan solo lo entienden otros Juanes.

Finalizo concluyendo que definitivamente los dioses sí nos abandonaron, máxime en Colombia, por la vergüenza que causa tanta ignorancia creciente, disimulada con posturas esnobistas y ligeras a las que tampoco les conviene el espectador, o por lo menos no aquel que cuestione o interpele lo *post-actual* de su arte. Con razón nuestro mundialmente prestigioso artista Fernando Botero, decidió terminar con la ayuda del premio que llevaba su nombre, supo muy pronto y de forma aguda, para qué mecenas en tiempos de la desaparición del arte colombiano y asimismo para qué espectadores en tiempos de multi-arte sin público.